

GOTTFRIED BENN, *El yo moderno y otros ensayos*. Prólogo y versión castellana de Enrique Ocaña. Valencia, Pre-Textos, 1999.

El nombre de Gottfried Benn está asociado a la poesía, a una de las obras poéticas más innovadoras e influyentes de la lengua alemana en el siglo XX. Como decía una célebre antología de poesía contemporánea de la década de los cincuenta, este gran lírico moderno, fuertemente ligado al expresionismo de su país, es "*incontestablement le plus gran poète allemand depuis Rilke*". A pesar de lo cual, un joven universitario hispano que no lea esa lengua puede tener serias dificultades para entrar en contacto con su lírica en estos inicios del XXI, como si sólo le restara el consabido camino de visita a esa especie de museos que son las bibliotecas, muchas de las cuales, a menudo, también tienen el inconveniente de sus excesivos huecos. En efecto, de los 323 poemas que componen su obra definitiva y depurada, la selección más extensa que se ha traducido al castellano es la cuidadosamente preparada en edición bilingüe por José Manuel López de Abiada (Barcelona, Júcar, 1983), que, por fortuna, contiene además un prólogo sobre la vida y la obra de Benn muy informativo y aclaratorio; pero esa benemérita selección de poemas —que, por desgracia, ya está descatalogada— no llega a sumar ni siquiera cuarenta. Lo mismo le sucede a la también bilingüe antología en versión catalana de Guillem Nadal, la cual ya tiene un cuarto de siglo de existencia (Barcelona, ed. 62, 1975). Si no estamos mal informados, el único libro de toda la poesía de Benn que ha tenido el raro privilegio de merecer una traducción completa es el denominado *Poemas estáticos (Statische Gedichte)*, de 1948, a cargo de Antonio Bueno Tubía (Madrid, Libertarias/Prodhufi, 1993), y se ha de añadir que esta obra no llega a sumar los cincuenta poemas. Por todo ello hay que alegrarse de la próxima publicación en la editorial Pre-Textos del último libro preparado para la imprenta por el poeta alemán, *Après lude*, de 1955, tal como se nos dice que han programado sus directores. A pesar de esta inminente y oportuna novedad, cuando se publique todavía quedará por traducir una buena mitad de la poesía completa de este lírico esencial, si en la suma total prescindimos de todos sus poemas póstumos para no extremar las carencias.

En esta persistente ausencia se detectan barreras idiomáticas, aunque no sólo, también hay distancias un tanto incomprensibles entre países y culturas que han de romper sus aislamientos y sus espejismos maniqueos si es que apuestan por ser genuinamente europeos. El caso de Benn es paradigmático, pues en su lírica se reconocía con extrema pasión la juventud alemana que empezó a expresarse tanto al final de la Primera como en los años de penuria y de miserias que siguieron a la Segunda de las dos crueles Guerras Mundiales que tanto la diezmaron y la determinaron. Su doble influencia ha sido, pues, de las que marcan época y de las que le convierten en una voz imprescindible, en un modelo de estética y de ética en tiempos de devastación, como a menudo se puede descubrir sin haberlo pretendido y con gran asombro, si se tiene la suerte de dialogar a fondo con varios alemanes enamorados de la literatura y del pensamiento que ahora ya bordean la edad de la jubilación, y en cuyo pasado —digámoslo para evitar resabiados malentendidos— brilla el digno recuerdo de no haber militado jamás en las filas de las agrupaciones nazis: a Benn, ciertamente, se le ha querido mucho en su país, y con gran nobleza, tras años de resistencia. En efecto, sus versos han significado una especie de breviario de urgencia que enseñó a vivir y que trazó una solitaria y valiosa senda expresiva para dos generaciones al menos de sus compatriotas, que tuvieron que atravesar muy ligeros de equipaje largos años de atroz indigencia. A pesar de las imperdonables equivocaciones políticas, garrafales aunque

muy breves y trágicamente autopunitivas, en que cayó su ofuscado autor, quizá también sintieran desde su callada compañía una experiencia vital muy similar muchos de sus lectores que tanto le han asumido como maestro y le han retenido en su memoria. Como es bien sabido, los versos son las sentencias más lapidarias, las consignas seculares más sagradas, y de ahí su refrescante y su convincente vitalidad, que, en el caso de la producción lírica de Benn, ésta tuvo el bien ganado privilegio de permanecer incontaminada. En este sentido su obra lírica es ejemplar, como también lo ha sido en nuestro siglo la profética voz de Hölderlin. Aunque sólo fuese para poder dialogar con las obras y las vidas de muchos europeos coetáneos nuestros con conocimiento de causa, conviene conocerla: estamos hablando, además, de uno de los grandes escritores de nuestro siglo, como en seguida expondremos; no es casual, por ejemplo, que la exquisita sensibilidad de otro gran escritor de nuestros días, el holandés Cees Nooteboom, en su reciente novela *El día de todas las almas*, sitúe en el corazón de Berlín un encuentro dialogante entre cuatro artistas amigos procedentes de ámbitos europeos diferentes, del norte y del sur, del este y del oeste, y culmine esa noche ritual con el apasionado bombardeo de poemas entre una rusa y un alemán, que recitan, transfigurados, versos desgarradores de Mandelstam y de Benn... Hacia esa Europa caminamos, y no es improbable imaginar madrugadas similares en cualquier local acogedor al borde de nuestro Mediterráneo porque esos encuentros, en cierto modo, ya han tenido lugar, y no cesarán de producirse aunque sea sobre las pantallas de los ordenadores.

Aquí y ahora tenemos especial interés en subrayar que, además de un eminente puñado de libros de versos, que, como bien se sabe, se inició con ese aldabonazo contundente que fue *Morgue y otros poemas* (*Morgue und andere Gedichte*), de 1912, el poeta Benn también escribió mucha prosa, esa excelente prosa condensada y breve que suelen escribir los grandes líricos, diamantina y llena de magníficas y exactas imágenes. Conviene no olvidar este enorme continente de su tarea de escritor, que supera en extensión las cuatro quintas partes de su obra completa. Sus principales textos en esta modalidad están formados, en primer lugar, por múltiples relatos y cuentos, como los que tienen como protagonista a ese *alter ego* del escritor, el médico Rönne, *Gehirne. Novellen* (*Cerebros. Novelas cortas*), de 1916, una especie de "hombre sin cualidades propias" —si se nos permite hablar con un título esencial de Robert Musil—, o las corrosivas y muy densas narraciones tituladas *Weinhaus Wolf*, de 1936, *Roman des Phänotips*, de 1944, o *Der Ptolomäer*, de 1947; en segundo lugar, por diversos escritos autobiográficos, como *Vida de un intelectual*, de 1934, y *Doble vida*, de 1949 —ambos traducidos hace décadas al castellano por Ramón Strack (Barcelona, Barral Editores, 1970) e inencontrables también en nuestras librerías— llenos de ironía, de confesiones, de sarcasmos y de provocaciones; en tercer lugar, por varias piezas dramáticas breves, libretos para ópera, conversaciones y diálogos teatrales, esto es, está formada por los escritos dedicados a los escenarios, como, por ejemplo, *Der Vermessungsdirigent*, de 1916, o *Drei alte Männer*, de 1948, compuestos mediante agudas y cortantes reflexiones; y, en cuarto lugar, por muchos escritos de crítica literaria, aforismos, respuestas a cuestionarios, discursos y conferencias, y, en muy notable medida, por todo un rico conjunto de ensayos que, por sí mismo, ya constituye un apretado volumen. En lo que sigue nos limitaremos a esta última parcela de la escritura de Benn, que es la que intenta acercar al lector hispano el nuevo libro que la editorial Pre-Textos acaba de publicar, al cuidado de Enrique Ocaña, *El yo moderno y otros ensayos* (Valencia, 1999).

No obstante, no quisiéramos desaprovechar la oportunidad para señalar la presencia en su legado de toda una serie de magníficos volúmenes de cartas, escritas a sus amigos y amigas por ese lúcido y escondido poeta, tan desconocido en nuestros lares en esta hermosa faceta de su escritura, tan personal y memorialística, por una parte, como tan argumentativa y ensayística, por la otra. En efecto, ya se han publicado bastantes —tres notables tomos ocupa, por ejemplo, tan sólo la extraordinaria correspondencia con el amigo F. W. Oelze en años de angustiosa soledad—, todos de gratísima lectura, de prosa admirable y enérgica, repletos de meditaciones y comentarios de tono sugerente y singular, gracias a los cuales se va dibujando poco a poco la entrañable y hosca personalidad del hombre y del escritor Benn con trazos indelebles. De cambiantes dimensiones son los epistolarios que mantuvo con el músico Paul Hindemith, con su hija Nele, con Max Rychner, con Ina Seidel, Ernst Jünger, E. R. Curtius, Edgar Lohner, etc. Las cartas son tan interesantes que con ellas se han publicado varios volúmenes antológicos, ya desde 1957, como el excelente *Das gezeichnete Ich. Briefe aus den Jahren 1900-1956*. Pero todavía están todos esos volúmenes por traducir y, lo que es peor, tal vez hasta ni se sospeche de su diseminada existencia, cuando en alemán hace años que pueden leerse, y en ediciones de bolsillo, diferentes selecciones de ese epistolario tan seductor, que combina con emocionante veracidad tanto la metapoesía como la metapolítica, pasando por el amor y la amistad a través de un estilo inconfundible. Como botón de muestra de lo que insinuamos, y como introducción a la obra ensayística de Benn, que es hacia donde queremos ir, quisiéramos hacer un alto en nuestro camino y, una vez expuestas las circunstancias pertinentes, cederle por unos momentos la palabra.

En el otoño de 1973 se publicó un memorable número monográfico de la *Revista de Occidente* dedicado a *Nietzsche: estudios y textos*, dirigido por A. Sánchez Pascual. Ya que acabamos de finalizar un año de homenajes en celebración del centenario de la muerte de ese gran pensador y escritor, fallecido en agosto de 1900, no está de más que recordemos esta obra tan bien hecha, este pequeño tesoro bibliográfico que sigue siendo motivo de lecturas irremplazables. En él aparecía, entre otras joyas, la versión castellana de un refrescante artículo de quien entonces era profesor de la Universidad de Göttingen, Hermann Wein, titulado "Nietzsche sin Zarathustra", en el que se combatía por descursilizar al filósofo y en el que se lo cuestionaba como un ilustrado crítico mediante unas cuantas referencias documentales. La primera que se citaba era "una carta dirigida al lírico (Alexander) Lernet-Holenia por Gottfried Benn, en cuyo lenguaje y en cuya poesía también dejó Nietzsche su impronta". Este largo pasaje epistolar —una réplica, a fin de cuentas— es tan sintomático de la voz y de la personalidad de quien lo redactó, es, a nuestros ojos, tan profundamente significativo para todo lector interesado por la filosofía de Nietzsche y por la extraña figura del nietscheano Benn, y —una vez más, por desgracia— tan difícil de consultar en esta hermosa traducción de Sánchez Pascual, no recogida posteriormente en libro, que nos permitiremos transcribirlo en toda su extensión:

"Lo que más me ha sorprendido ha sido su observación de que Nietzsche fracasó (a causa de su soledad; de esto hablaré luego). ¿Fracasó Nietzsche? Yo pienso que Nietzsche se edificó, se levantó a sí mismo desde las medianerías hasta la bandera, desde el cuarto en que comía sus bocadillos de embutidos, cuyos pellejos yacían desparramados por el suelo a la mañana siguiente, hasta el puente en la noche sombría, pasando por Venecia y las cavernas con el águila y la serpiente. Pero si fracasó, ¿es que

gente como él puede ver venir a su encuentro algo distinto, soportar algo distinto que — el fracaso? ¿Es que gente como él quiere triunfar, quiere un cosmético para el cabello, a base de *Happy-end* y conformismo, es que gente como él quiere vencer? ¿Es que para gente como él existe otra victoria que la de decir al final: 'Alrededor de mí el eterno juego de las olas prosigue, lo más grávido por siempre hundiose en el azul olvido'? No, gente como él no mira alrededor suyo."

"Fracasó a causa de su soledad, escribe usted luego. Lo que voy a decir ahora no me lo saco de la manga, desde hace años vengo meditando sobre ello, desde hace años vengo meditando sobre el verso que dice: 'quien perdió lo que tú has perdido, no hace alto en parte alguna'. Al principio también yo pensé que lo que él había perdido era la comunidad con los seres humanos, la comunidad con el hombre y la mujer, la comunidad con todas y cada una de las cosas, pero la comunidad a que el verso se refiere no puede ser ésa. Es otra comunidad la que él había perdido, la comunidad con la sustancia, con todo aquello que en los siglos pasados fue considerado como sustancia, como sustancia humana, como contenido humano, es decir, filosofía, filología, teología, biología, causalidad, erotismo, verdad, lógica, ser, identidad — todo esto él lo había roto, había destruido los contenidos, se había lastimado y mutilado a sí mismo con la única meta de hacer brilar las grietas, indiferente a cualquier peligro y sin prestar atención a los resultados — 'romper su esencia interna con palabras, eso fue su existencia'... 'Veraz, así llamo yo a quien marcha al desierto donde no hay dioses y ha roto su corazón venerador' — 'pero, añadía, 'el hecho de que yo rompo, ese romper mío es auténtico'. Yo, por mi parte, a esto no lo llamaría fracasar, sino que buscaría otra palabra para calificarlo, y en todo el ámbito de nuestra lengua sólo veo una palabra capaz de resistir la prueba, una palabra de resonancia antigua, a saber: fatalidad... 'Vivir en lo oscuro, hacer en lo oscuro lo que podemos' — ésa es una voz seria, éste es su sermón de la montaña. Esa voz quiere decir: dejad ya vuestro eterno parloteo ideológico, vuestro bramar pidiendo algo 'superior', el hombre no es un ser superior, nosotros no somos la estirpe que desde lo oscuro hacia lo claro aspira — hacia qué aspiramos, eso yo no lo sé, si he de hablar con franqueza, pero lo que hemos alcanzado ha sido, en su mayor parte, lo presuntuoso, lo soberbio, también lo estúpido — por tanto, parecía estar en su lugar un cierto derribo de esa arrogancia nuestra, a esa voz le parecía moralmente indicado una breve permanencia en lo oscuro, también en lo vil".

Como decíamos, además de redactar un epistolario de esta envergadura, desde su *Contribución a la historia de la psiquiatría*, de 1910, hasta su *Introducción a la Lírica de la década expresionista*, de 1955, Benn publicó más de cuarenta ensayos. Y desde el discurso fúnebre en honor de Klabund, de 1928, hasta su intervención en el debate en torno a la cuestión de si '*Soll die Dichtung das Leben bessern? (¿la poesía ha de mejorar la vida?)*', de 1955, el escritor tomó la palabra en al menos unas veinte ocasiones, pues tenemos la suerte de que se nos haya conservado el texto de esas conferencias y alocuciones. Ese notable conjunto constituye su "obra ensayística" propiamente dicha. A partir de todo este material Enrique Ocaña ha optado por "un criterio de calidad estética" a la hora de seleccionar los diez hitos fundamentales de la andadura ensayística de Benn que componen el libro *El yo moderno y otros ensayos*. Siete de ellos son novedad absoluta para el lector hispano; sólo tres ya habían aparecido previamente en la traducción castellana de Sara Gallardo y Eugenio Bulygin en el libro *Ensayos escogidos* (Buenos Aires, Alfa Argentina, 1973), asimismo inencontrable desde hace muchos años a pesar de los desvelos de nuestros librereros. Al acabar de leerlos sentimos que quisiéramos poder consultar muchos de los que todavía

reclaman traducción, pero es innegable que eso sucede porque la selección de los ensayos que configura esta necesaria antología destaca por su excepcional representatividad: con ella podemos hacernos una primera idea bastante completa del conjunto de las etapas de la escritura y de la reflexión del poeta, así como de las principales características formales e intelectuales que la singularizan. Quizá debamos añadir que la famosa conferencia *Probleme der Lyrik (Problemas de la lírica)*, de 1951, también contaba ya con la traducción previa de López de Abiada en el volumen arriba citado, y que Antonio Fernández tradujo un *Breviario* del conjunto de los textos en prosa de Benn (Barcelona, Ed. 62, 1991), aforismos que J. P. Wallmann preparó en 1979 escogiendo unas 350 citas especialmente provocativas y punzantes de ese legado. Tales frases carecen de contexto, pero pueden tener la virtud de abrir el apetito, como los bocaditos de canapés.

Confesamos que, si tenemos a la vista el índice de todos los ensayos y conferencias de Benn, el libro preparado por Ocaña todavía puede saber a poco, pero en ello radica uno de sus varios méritos y de su ardua preparación: en efecto, una vez finalizada la lectura y captado el dibujo que se nos ha trazado, todavía deseamos leer más, saber más, adentrarnos más a fondo en ese peligroso y poderoso océano, para poder visitar con más detalles el panorama que se nos abre ante la mirada; casi no nos damos cuenta de que el traductor, por lo demás, se ha tenido que enfrentar con la escritura de un poeta y ha debido de atender con sumo cuidado a la difícil labor de orfebrería que los textos requieren. Ante el reto, lo menos que le debemos reconocer es que ha salido más que airoso de esa prueba, pues los resultados son frescos y sugerentes en todo momento, las tesis se leen con exactitud, precisión y conocimiento de causa, y la edición se enriquece con muchas notas siempre pertinentes que ponen en claro las omitidas referencias del original y los préstamos que lo alimentaron, en especial los de procedencia filosófica, nietscheana en concreto, como era de esperar. La erudición, sin embargo, casi siempre está escondida, se ha transmutado en sabiduría, y el lector desearía poder preguntarle muchas más cosas al contenido y parco especialista que nos las ha acercado y visualizado, un buen entendido que quizá pronto nos debería regalar un hermoso libro sobre el poeta, para el que ya está suficientemente capacitado. Sin ningún género de dudas, basta recordar los libros de ensayos del antólogo-traductor para redescubrir que el capítulo III de *El Dioniso moderno y la farmacia utópica* (Anagrama, 1993) se titulaba "E. Jünger y G. Benn: nihilismo y ebriedad", temas también eminentemente nietscheanos, y en su redacción ya se servía de algunos ensayos fundamentales que ahora podemos consultar por entero, o que su excelente estudio de la obra de E. Jünger titulado *Duelo e historia* (Valencia, Alfons el Magnànim, 1996) expone en varias ocasiones la huella que a este autor le dejaron en momentos decisivos de la formación de su sensibilidad determinados poemas y relatos de Benn.

No obstante, la mejor prueba de lo que decimos la ofrece el "prólogo" que encabeza la antología de textos que estamos comentando, ese gran texto titulado "Gottfried Benn o el ensayo como forma estética", quizá las páginas más incisivas e informadas que, dentro de su elegante brevedad, hoy se puedan leer en castellano sobre el escritor alemán. El elenco de citas que contienen —y la impresionante bibliografía consultada para redactarlo— se convierten en una excepcional guía, muy aprovechable para todo lector seriamente interesado por la obra de Benn. En esta reseña, al margen de las interesantes e innovadoras peculiaridades formales que exhibe el ensayo en las manos de este reflexivo poeta, que trabajaba sus prosas con depurada técnica, sin diferencias de género, siempre atento a la experimentación, a la ironía, al montaje y al

*collage*, a las citas indirectas y a la composición en prisma, como ha sugerido Max Bense correlacionándolas con los cuadros de Picasso, quisiéramos atender sobre todo a los contenidos, al elenco de temas que vertebran sus meditaciones a lo largo del discurrir de su biografía. He aquí, en apretado resumen, los problemas que concentran su interés.

Ante todo, las cuestiones metapoéticas, la sabia reflexión metalírica de este escritor tan autoconsciente, sus implacables "notas a todo joven poeta" que se proponga escribir en plena crisis de la modernidad, a mil leguas de todo romanticismo de la improvisación y de la inspiración. En segundo lugar, su amplia sabiduría científica del doctor en medicina atento a los nuevos hallazgos de la física y la biología de comienzos del XX, con la consiguiente ruptura sobre la imagen del mundo y de la naturaleza que aún tenía, por ejemplo, la añorada figura modélica de un Goethe: ahora estamos en el imperio de la teoría de la relatividad, del psicoanálisis, de la moderna ingeniería genética, de las geometrías no euclidianas, en una palabra, en pleno declive del positivismo y del materialismo y del cientificismo decimonónicos. En tercer lugar, el diagnóstico tan nietzscheano de la situación espiritual de la época, un diagnóstico que, como ya insinuamos, viene resumido por el término "nihilismo" y por la vital necesidad de poder existir con sentido en tal contexto integral, sin componendas ni moralinas ni fáciles subterfugios edulcorantes. Tamaña crisis de fundamentos afecta a muchas esferas, como, por ejemplo, a la historia, preocupación que Benn mantiene a lo largo de sus ensayos, siempre sin el consuelo de cosmovisiones evolutivas que integraran el caos azaroso y fragmentario en el que vivimos mediante una especie de filosofía posthegeliana que creyera en nuevos partos dadores de felicidad y de recompensas. El "yo" es otro de esos temas de la modernidad que Benn capta en su desmoronamiento y en su nueva irrealidad, tras dibujarnos una interesante genealogía del mismo que desemboca en la locura cotidiana de cualquier ciudadano de a pie en estos tiempos que corren. No en balde practicó siempre una especie de escisión creadora, de "doble vida" —como tituló su autobiografía de médico-poeta—, de disolución de la subjetividad en ambientes de gran ciudad, de frentes bélicos, de instituciones masificadas y opresivas, de terrible sufrimiento físico-corporal o de alucinaciones por alcaloides. La "vida provocada" por esas mal llamadas "drogas" y su constante presencia, etnográficamente documentada de múltiples formas, es otro de los grandes intereses de este vivisector que, desde su praxis médica y sus ensayos poéticos, experimentó consigo mismo y con su autoconsciencia y se sajó el alma en carne viva más de una vez, tratando de intensificar sus vivencias. No podemos olvidar la presencia de sus críticas a planteamientos políticos colectivistas y progresistas, así como sus equívocas manifestaciones biologicistas, sus fallidos intentos de estetización de la política nazi, sus posiciones individualistas, solipsistas, asociales, pre-lógicas y anti-históricas, su malinterpretación de la obra de H. Mann y de los valientes consejos del joven K. Mann, si bien convendría subrayar que se quedó radicalmente solo en un extraño exilio interior entre militares, sin renunciar al proclamado mestizaje racial y cultural entre el norte y el sur, entre lo germánico y lo mediterráneo. En este sentido, el sueño de la antigüedad griega, de raíz también nietzscheana, le marcó siempre, si bien desde un dionisismo extremado en su juventud evolucionó hacia lo apolíneo de la disciplina formal y hacia la prioridad de lo espiritual sobre lo vital, proclamado en su madurez. Aquí radica su salida personal de la grave crisis del desierto nihilista que nos amenaza, a saber, mediante su opción radical por el arte, por la expresión, por el rigor y la pureza de la poesía. En todo ello está siempre muy presente una lectura incesante de la obra de Nietzsche, autor que también interpretó con singular penetración en muchos de sus ensayos, como ya hemos tenido oportunidad de comprobar.

Si todo ello contribuye a una mirada más compleja y menos simplona y maniquea de los problemas que nos siguen preocupando en nuestro presente, pensamos que bien merece la pena asumir la responsabilidad de dar a conocer la obra de Benn entre nosotros. Por lo demás, alguno de sus versos, como alguna de las frases de Flaubert, consiguen que sigamos sintiéndonos muy vivos, como cuando contemplamos las columnas del Partenón, o las pocas que aun configuran el templo de Poseidón, cualquier atardecer en el Atica.

Joan B. Llinares (Universidad de València).